

EL PASTOR Y LA DIRECCIÓN ESPIRITUAL (y II)¹ (resumen de Pedro Zamora)

Retomamos aquí la segunda, y última, parte del resumen del libro de E. Petersen, *The Contemplative Pastor. Returning to the Art of Spiritual Direction* (Grand Rapids: Eerdmans, 1993).

Cerrábamos la primera parte con una breve introducción a la sección “El pastor apocalíptico” que, según Petersen, debe estar marcado por tres aspectos fundamentales, a saber:

- ✿ la oración apocalíptica;
- ✿ la poesía apocalíptica;
- ✿ y finalmente la paciencia apocalíptica.

La oración apocalíptica

Afirma nuestro autor:

Nada de lo que un pastor hace, es tan diferente de lo que hacen los cristianos, sólo que está más perfilado y es más visible. Y la oración es la acción medular de la comunidad cristiana (pág. 42).

A lo que añade:

San Juan vive en la frontera entre el mundo invisible del Espíritu Santo y el mundo visible de los días del imperio romano. Y en esa frontera ora. La oración liga dos realidades distintas: la del lugar en el que nos encontramos con el lugar en el que Dios nos encuentra (págs. 42s).

Es decir, Petersen señala que la visión/invasión apocalíptica de Juan, es percibida por muchos como una urgencia y carácter totalitario, por lo que apremian a la acción y al compromiso. Según este autor, muchos líderes lo reciben como una llamada a convertirse en un pastor remendón o un pastor-Dios. Sin embargo, señala que el carácter totalitario de la visión (en el sentido de que abarca todas las esferas humanas y toda la historia humana) convierte en absurdo el activismo, por lo que cree que el Apocalipsis es una gran interpelación a la oración.

¹ Publicado en *Ayudas Ministeriales*, 2007.

La poesía apocalíptica

San Juan fue el primer gran poeta de la iglesia cristiana:

Dio significados nuevos a las palabras, haciendo (*poétés* en griego significa 'hacedor') que apareciera la verdad ante nuestros ojos. El uso que hace el pastor del lenguaje es crítico en su tarea (pág. 44)

El pastor, por medio de su discurso, presenta el Evangelio de tal modo que *hace* que una y otra vez sea oído y visto (experimentado) no como meras palabras, sino como *La Palabra*. Por eso es un poeta. (pág. 45).

Es cierto que por lo general nos gusta más la prosa (la narración), sobre todo en el aspecto de la explicación de la Biblia o de las informaciones que necesitamos para el diario vivir. También al pastor le gusta más la prosa, porque tiene mucho que decir, ya sea porque ha estudiado por muchos años o porque crea que tiene algo que decir. Pero de tanto hablar en prosa, el pastor también se hace prosaico. (págs. 45s).

Y es que ocurre que olvidamos que:

No todas las palabras crean algo. Algunas tan sólo comunican: una explicación, un informe, una descripción, una orden, una regla ... Vivimos en una era obsesionada con la comunicación. Sin duda, la comunicación es un bien, pero un bien menor, pues parece que 'conocer' las cosas casi nunca ha significado una mejora sustancial para nuestras vidas. Por eso, la principal responsabilidad del pastor con sus palabras, es que creen comunión, no comunicación. Es decir, que creen unas relaciones restauradas de amor entre Dios y sus combativos hijos y entre ellos mismos, divididos por disputarse la posesión de la creación. (pág. 46).

Por eso habla también de las:

Palabras que *hacen* la verdad, no que sólo la comunican. De ahí que liturgia, relato, canto y oración sean el verdadero trabajo de los pastores que son poetas (hacedores). (pág. 46)

La paciencia apocalíptica

La apocalíptica conduce a la urgencia de la paciencia, esto es, a la espera paciente-mente activa:

San Juan expone una visión de una terrible urgencia, pero no tiene prisa. Véase, sino, el ritmo reposado del libro que escribió: ¡lleva bastante tiempo leer el Apocalipsis! De hecho, parece que el apóstol se deleitaba en las repeticiones, llevándonos a ritmos literarios más sosegados de los que estamos acostumbrados hoy día Si San Juan hubiera tenido prisa, se habría conformado con pasarnos un estandarte con algún slogan o consigna escrito en él. (pág. 47).

Por supuesto, Petersen intenta ser muy gráfico, y nos puede parecer que es incluso caricaturesco. Sin embargo, dice verdades como templos. Por ejemplo, de lo anterior deduce esta reflexión menos caricaturesca pero muy certera:

Si hemos de vivir una vida de santidad en medio de la confusión de la historia, mejor será que comencemos a pensar en los siglos venideros, que en el instante que vivimos (íd.).

Petersen tiene razón cuando señalaba el carácter totalizante del Apocalipsis de Juan, y por eso tiene razón en señalar la falta de perspectiva histórica (pasada y futura) que desplegamos hoy en muchas de las tareas pastorales. Concretamente, Petersen fustiga al pastor ejecutivo cuya función es 'programar', esto es, "eliminar el misterio y el caos" (pág. 48), en lugar de dejar que la "Gracia admirable/sublime"² y la conciencia de pecado sean quienes organicen su agenda (pág. 48).

Más aún, el pastor ejecutivo que es compensado por su eficacia cae bajo su más dura censura:

El libro del Apocalipsis enciende un sentido de urgencia, pero apaga las prisas y cierra los atajos, ya que los tiempos están todos en manos de Dios. Es la Providencia, no los periódicos, la que verdaderamente da fe de lo que está ocurriendo en el mundo que vivimos. (págs. 48s)

No resulta pus extraño que, tras esta lectura, Petersen se preocupe por la 'cura de almas'

² Algunos himnarios españoles traducen el magnífico himno de John Newton, "Amazing Grace", por "Gracia admirable" o "Gracia sublime".

La cura de almas: un arte olvidado

Nuestro autor cree que la pastoral se ve abocada a una reforma que recupere el sentido que tenía antiguamente. El castellano no se ha ido muy lejos de la raíz latina del vocablo 'cura': connotaba tanto cuidado como sanar (curar). Y dado que 'alma' es la esencia del ser humano (más que una parte de dicho ser), 'cura de almas' consiste en el cuidado de la persona en su individualidad o comunidad, en contexto sagrado o profano, dirigido por las Escrituras y conformado por la oración. Se trata pues de una acción resuelta a favor de concentrarse en el centro, en lo esencial del ser. (cf. pág. 57).

Nos propone seguidamente tres aspectos que distinguen al 'cuidar' de las almas del 'gestionar' una iglesia:

✿ Iniciativa

El pastor ejecutivo debe anticipar todo y programar; el pastor 'cura' (curador) se sabe en manos de la providencia divina, consciente de que es Dios quien ha estado trabajando diligente, redentora y estratégicamente antes de que yo apareciera en escena, e incluso antes de que me percatara de que había un trabajo para mí en dicha escena. (cf. pág. 60).

Esto lo explica con una ilustración muy gráfica:

Igual que uno que llega tarde a una reunión de trabajo, llego justo en medio de una situación muy compleja para la que Dios ya ha tomado las decisiones clave y ha actuado en modo decisivo. (pág. 61).

✿ Lenguaje

El pastor ejecutivo utiliza el lenguaje descriptivo y motivador, pero "en la cura de almas me interesa más cómo son las personas y cómo están transformándose en la imagen de Cristo, que saber qué es lo que saben o qué están haciendo" (pág. 62). Por eso, el lenguaje más adecuado es el *personal*, esto es, el propio para la intimidad.

✿ Problemática

En el modelo ejecutivo. el pastor resuelve problemas, mientras que en la cura de almas se respeta el misterio y el "más allá".

A partir de estas páginas aborda varias imágenes como la de "orar con los ojos abiertos" (págs. 67-85), el lenguaje infantil como el lenguaje primordial y más íntimo (págs. 87-94), "crecer, ¿una decisión?" (págs. 95-109), "el ministerio de las

conversaciones ordinarias" (111-16), que de alguna manera van dando fuerza al argumento principal que venimos presentando.



En definitiva, es vital para Petersen que el pastor, sobre todo tras un tiempo de pastoreación prolongado, no vea en sus feligreses a personas pecadoras de las que ya nada de valor puede salir. Todo lo contrario, en lo más secreto de sí mismo debe atribuirles, si realmente ve en ellas a Cristo, los atributos divinos del amor, la fortaleza, la compasión y la alegría (cf. pág. 119). Y esto le lleva a afirmar:

El vocablo 'pecador' no es un arma sacada del arsenal de la condenación, sino del arsenal de la gracia (cf. Rm 5,20). [...] Los pastores tratan con historias personales, no con definiciones del pecado. (pág. 120)

SEUT – El Escorial